

bros sean delicados, como dice san Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*, empezó á atormentar con asperisimas penitencias su delicadísimo cuerpo. Las riquezas, los honores, los placeres que antes le sugería y ofrecía el demonio, fueron despues aborrecidos de su espíritu mas que la muerte. Al contrario, la pobreza, las mortificaciones, los desprecios, á que la llamaba Cristo, eran todas sus delicias endulzadas con extraordinarios constelos del Espíritu Santo: hasta que viviendo vida religiosa algun tiempo en el siglo, pasó á vivir como santa en la religion, súbdita muy estimada de santa Teresa; y para continua memoria de haber escogido por Esposo á Jesucristo, se llamó Catalina de Jesus: *Ut quoties nomen suum audiret, recordaretur, quem amaret, et imitari debéret.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 56. Que debemos negarnos á nosotros mismos, é imitar á Cristo por la cruz.

LECCION XII.

DE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Si bien todas las empresas de Jesucristo fueron finezas de amor para con los hombres; pero una se lleva la ventaja á todas las demás, que es la institucion del Divinisimo Sacramento, en que la divinidad, (como habla el santo Concilio Tridentino) derramó sobre nosotros las riquezas de su amor; *Divitias sui ergo nos amoris velut effudit*, cuando la noche antes de su dolorosísima pasion se dejó en perpetuo don á sí mismo. Porque ¿qué mayor ternura de amor; que habiendo de morir por nosotros, y volverse al Padre, no le sufre el corazon vivir apartado de nosotros, y dejarnos solos en este valle de lágrimas? Es verdad, que nos llevaba al cielo impresos en su Corazon, y en breve habia de volver á ver sus escogidos en su reino: con todo eso, sentía tanto apartarse de los hombres, aunque por poco tiempo, que inventó un amorosísimo medio para quedar siempre con nosotros presente en el Divino Sacramento; y no solamente para quedar en un lugar, como cuando vivia en el mundo, sino en tantos lugares, cuantas iglesias hay en todo el orbe, y bajar tantas veces del cielo á visitar-nos, cuantas Hostias se consagrasen en innumerables partes de la tierra, multiplicando cada dia su presencia, para mostrar el deseo ardentísimo, y el inmenso gozo de estar con nosotros como en sus delicias: *Delitiae meae esse cum filiis hominum.*

Ni se contentó el amor de Jesucristo con esta cercanía ó presencia; mas halló un nuevo modo de interiorizarse, y unirse hasta hacerse manjar del hombre para entrarse en sus entrañas, estrecharse corazón á corazón, y transfundir en él las preciosísimas calidades de su Divinidad. Por lo cual parece que esta fineza del Sacramento se aventaja de alguna manera á la Encarnacion; porque en ella, (es verdad) se humilló Dios tanto á sí mismo, que llegó hasta ser hombre: mas en el Sacramento pasa hasta ser alimento del hombre.

Allí llegó á esconder la Divinidad, tomando forma de criatura racional; aquí tomando semejanza de criatura insensible. Por la Encarnacion unióse con una naturaleza particular; pero pura de toda culpa, y llena de toda gracia; en el Sacramento se complace comunicarse á todos, y á cada uno, aun á los pecadores.

Entra en corazones, que le han sido rebeldes, y se entrega íntimamente aun á sus enemigos. Y así el Angélico Doctor santo Tomás, extático de tanto amor, no supo darle otro nombre, que llamarle: *Sacramento de la Caridad, Sacramento de la Beneficencia divina! Sacramentum Charitatis, Sacramentum Beneficentiae!*

Y con mucha razon *Sacramento de la Beneficencia*, porque en él solo nos hace Dios mas beneficio, que en todas las otras obras de su liberalísima Mano. ¡Qué tiene que ver el beneficio que hizo Dios á Adán, cuando le concedió el Arbol de la Vida, con que podía conservarse inmortal, y gozar aquellos perennes frutos, que le hacian feliz en el Paraiso terrenal? ¡Qué comparacion tiene el maná, dado á los hijos de Is-

rael como Pan del cielo, Manjar de los ángeles, porque del rocío celestial, por ministerio de ángeles se formaba? Es verdad, que aquellos frutos, y aquel maná tenían todos los sabores, eran medicina de todas las enfermedades, restauracion de toda flaqueza.

Mas este Pan dá fruto de vida divina, Pan que bajó del cielo de los cielos, obra del Rey de los ángeles, fuente de todas las dulzuras, antidoto contra la muerte: *Qui manducat hunc Panem, vivet in aeternum.* No pudo hallar mayor Don la infinita Sabiduria, ni ejecutar mayor obra la inmensa Bondad; porque no se puede dar cosa mayor, que un Dios. De donde el venerable padre Fr. Luis de Granada, anteponiendo este exceso de amorosísima beneficencia á todos los demás, prorrumpie en estas palabras: „Callen aquí todas „las maravillas de la naturaleza: callen todos los „prodigios de la gracia: porque esta única obra „es sobre todas las obras, y gracia sobre todas „las gracias. ¡O Sacramento maravilloso! ¡Qué „podré decir de tí? ¡Con qué afectos te alabaré? Tú eres vida de nuestras almas, medicina „de nuestras llagas, consuelo en nuestros afanes „y trabajos, Memorial de Jesus crucificado, Testimonio de su amor, Legado preciosísimo de su „Testamento, compañía de nuestra peregrinacion, „alegría en nuestro destierro, brasa para encender el amor del cielo, fuente de donde poder „derivar á nuestros corazones las gracias divinas, „prenda segura de la felicidad eterna. Por medio de este Manjar el alma se une con su divino Esposo, con él se ilumina el entendimiento, se afervoriza la voluntad, se despiertan los „buenos deseos, se adormecen las pasiones, se abren

„las fuentes de las dulces lágrimas, y se cobra un suave vigor y aliento para caminar al monte santo de Sion.”

A estas palabras de tan sábio Maestro correspondieron siempre los efectos en los devotos de tan alto Misterio. En san Conrado, Sacerdote, cuyos dedos, que tocaban la Hostia consagrada, quedaban tan resplandecientes, que en la obscuridad de la noche le servian de lucidas antorchas para leer la sagrada Escritura: En la santa virgen Ida, que de la sagrada Comunion concebía en el alma tanto fuego de ardor celestial, que rebosando, hasta en el cuerpo, le encendía los miembros, y esparcía vivas llamas: En la B. Catalina de Génova, que moribunda, al recibir el Santísimo Viático, sintió correr por las entrañas una abundancia y rio de consuelo, que al instante se levantó sana, vigorosa y alegre.

Pero volvamos con san Agustin á ver la admirable invencion del divino Amor en contraponer este Manjar de vida, al otro manjar de muerte. Porque como Adán, comiendo la vedada fruta, acarreó al género humano extremas ruinas, la pérdida de la Justicia original, la rebelion de las pasiones, el destierro de las virtudes en número innumerable de miserias y desgracias; así el Salvador, dando este Manjar celestial, restaura las pérdidas, nos restituye la abundancia de las gracias, sosiega los afectos rebeldes, infunde los dotes de las virtudes, y nos hace partícipes de la bienaventuranza. De aquella fruta dijo Dios: *In quoquaque die comederis ex eo, morte morieris.* En comiendola, morirás. De este Pan, dice el mismo Dios: *Qui manducat hunc Panem, vivet in aeternum.* El que come este Pan, vivirá eterna-

mente. Mas: así como en la concepcion nuestra, luego que el alma se une con la carne corrompida y manchada, que viene de Adán, participa al punto de sus males y miserias, nace viciada en las potencias, privada de la amistad de Dios, y sujeta á la tirania del demonio; así, tocando la carne virginal de Cristo, renacemos inmaculados llenos de sus bienes, libres de la esclavitud de Satanás, amigos é hijos de Dios. ¡O amorosa invencion de la Suprema Sabiduria! ¡Sacar el antidoto de donde se habia sacado el veneno, y coger la vida en el mismo medio por donde vino la muerte! Mas esto sería poco al infinito amor de Dios, si el bien de Cristo solamente hubiera resarcido el mal de Adán. Con incomparables ventajas le venció. Porque este Sacramento levanta al hombre á una vida divina, y le une por modo inefable con Dios, hasta hacerle un espíritu partícipe de los Tesoros de la Divinidad, segun habla el Redentor: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* De suerte, que como el alimento natural se cambia y transmuta en la substancia del que le come; así el que se sustenta de este Pan Sacramental y sobrenatural, se convierte y transforma en la naturaleza del Salvador, como él mismo lo dijo á san Agustin: *Non me mutabis in te, sed tu mutaberis in me.* Al modo que el oro, mezclado en los medicamentos, no lo digiere el enfermo, sino queda inviolable en el cuerpo humano, y de allí transfunde sus calidades, y comunica su virtud al corazón; así puntualmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado, no se convierte en la calidad del hombre; antes cambia sus afectos y costumbres,

en las costumbres y afectos de Cristo, y esparce por toda el alma y todo el cuerpo, un espíritu de vida divina, como dice san Leon: *Non aliud agit participatio Corporis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus.*

¡O excesiva magnificencia de Dios! ¡que despues de haber dado al servicio del hombre, no solo las criaturas de la tierra, mas tambien los ángeles del cielo, llegase el Criador á tal exceso de benevolencia, que se haya dado á sí mismo! ¡Cuándo jamás se ha oido, que una madre, por mas amante que fuese de su hijo, viendole morir de hambre, le diese á comer sus propias carnes por mantenerle la vida, y se sacase su propia sangre para dársela en bebida, y fuese cruel para consigo, por mostrarse piadosa para con él! Estos prodigios estaban reservados únicamente al amor de Dios, que ofreció su Cuerpo á las heridas, y derramó la Sangre, por darnos alimento de vida bienaventurada; aunque bien sabia, que este Sacramento habia de estar despreciado en las iglesias, consagrado de malos Sacerdotes, recibido de impios pecadores, abusado de malvados hechiceros; y finalmente, arrojado á los pies de los brutos. Pero *omnia substituit propter electos.* El amor le hizo pasar tantos dolores y tantas injurias por disponer este Maná de eterna salud á las almas de sus fieles. La medicina suele ser amarga para el que la bebe, pero no para quien la manda. Mas aquí sucede totalmente al contrario: Jesucristo que la dispuso, tomó para sí todo lo amargo y áspero, y dejó á los hombres todo lo amable y suave. Como aquella madre, que por curar á su chicuelo enfermo, bebe ella la purga y remedio amargo, y no se le dá al hijo, sino mudado en suavísima leche.

Pensad ahora un poco, si la Sabiduria y Bondad del Hijo de Dios podia haber hallado regalo mayor para premiar los incomparables merecimientos de su santísima Madre. Si hubiera querido agradecerle aquellos nueve meses, que le trajo en su purísimo y virginal Vientre: aquella celestial leche, con que le sustentó: aquellos afectuosos obsequios, con que le sirvió toda la vida; y por fin, aquellos terribles dolores, con que le asistió hasta la muerte al pie de la cruz; podia hacerle donativo mas estimable, mas amoroso, mas divino? Ciertamente es, que Dios no tiene mas preciosa joya que poder dar, ni en el cielo, ni en la tierra, pues es la misma, que gozan los ángeles y los bienaventurados en el Paraiso; con sola esta diferencia, que ellos gozan de Dios á cara descubierta, y nosotros le gozamos con la fe, debajo de la cortina de los accidentes; pero con esta ventaja, embidiada (por decirlo así) de los mismos bienaventurados, que nosotros podemos gozarle como manjar, aplicar la boca á la Llaga de su Costado, estrecharnosle interiormente al corazón, y enriquecernos tambien con sus preciosísimos merecimientos.